

La oratoria de D. Joaquín María Alcalde era viva, patética, impresionista. Todo era en él animación y movimiento: el gesto acompañaba la palabra, y la palabra era grito ó acento ahogado, si el caso lo pedía. Dió muestras de gran valor civil en la defensa pública del ex-dictador el general Santa-Anna.

Lemus, D. Nicolás, fué vehemente y agresivo, y como su brazo estuvo siempre dispuesto á mantener sus conceptos, se esquivaba tenerle por contrincante.

Don Juan Sánchez Azcona tuvo la habilidad de luchar siempre del lado del gobierno. Su estilo era llano, pero preciso, y aun sabía arrostrar las iras de la oposición.

Menos vehemente que Lemus, tan resuelto como él, aunque menos espontáneo, fué D. Roberto Esteve, que pagó buen tributo á las letras, llegando á ensayarse en la dramática.

Nuestra oratoria ha tenido su Júpiter tonante. Cuando se erguía en la tribuna, transfigurábase ésta en Olimpo ó en Sinaí. Su voz de barítono vibraba como fusta ó como hoja damasquina, y eran sus frases relámpagos ofuscadores ó proyectiles mortíferos. Su inteligencia soberana no conocía vallas: águila en todas partes, lo mismo se cernía en los aires para caer sobre su presa, que miraba al sol cara á cara, sin parpadear. Consumado esgrimidor de la palabra, nunca dejó de parar sin responder, y su respuesta fué siempre certera, mortal. Clavaba al adversario, y no era ni para dispensar una mirada á su víctima ni para alardear de la victoria. Ningún recurso oratorio érale desconocido, y de todos sabía hacer uso sin esfuerzo: el frío razonamiento, la paradoja brillante, la ironía ó la burla, el desdén ó la gravedad, el halago seductor ó la amenaza solemne y hasta el vaticinio profético. Era su lengua circunvolución de su cerebro, órgano pensador, valga la hipérbole, tal así brotaban y fluían y se precipitaban los razonamientos de sus labios. Se ejerció en las dos formas de la oratoria parlamentaria: en la de oposición como en la gubernista, mas siempre al servicio de los grandes intereses nacionales. Patriota insigne, aceptó con Juárez los desposorios con la desgracia, que le dió ocasión para revelar la magnitud de sus talentos, la entereza de su carácter, el altísimo temple de su valor civil: Sebastián Lerdo de Tejada se llamó este hombre extraordinario, á quien la historia le acusa de un doble inmenso error: demasiada confianza en el valor de nuestras instituciones públicas y fe excesiva en el criterio del pueblo.

Ponemos aquí punto á lo que pudiera llamarse parte narrativa del movimiento literario en México, al que daremos por complemento un rápido estudio sobre el estado actual de nuestras letras; mas antes de ir adelante, procede consignar aquí una declaración de conciencia. Aun de la manera imperfecta con que hemos mal pergeñado este capítulo, no habríamos acertado á hacerlo á no haber contado con dos poderosos auxiliares: la *Reseña histórica del teatro en México*, utilísima compilación, hija de la inteligente laboriosidad de D. Enrique de Oalavarria y Ferrari, donde se encuentra, no sólo cuanto ha pasado por nuestros teatros, sino cuanto en letras se ha hecho en el país, circunstancia que hace su obra necesaria en toda biblioteca mexicana, y D. Francisco Sosa, cuya abundante producción en estudios biográficos, de una parte, y sus bien inspirados consejos, de la otra, han sido en este trabajo á modo de valiosísima colaboración.

IV

ESTADO ACTUAL DE LAS LETRAS MEXICANAS

No cabe, dentro del programa de nuestra síntesis, reseñar, en sus múltiples manifestaciones y detalles, el movimiento literario del presente, producido por los hombres de letras aún en actual labor.

Quiérello así el editor de este libro, quiérello así el encargado de redactar ésta, que es una de sus divisiones, deseosos uno y otro de alejar toda ocasión de injusticia para con los vivos.

Con efecto, tarea semejante es de suyo orillada á desaciertos, que hasta por simple omisión, por inintencionada que sea, puede causarse agravio aun á los que se han hecho en altísimo grado acreedores á un encomio franco, sin hipócritas reservas.

Por otra parte, fuera insensato negar que la muerte posee el prestigio de hacer efectiva la justicia para

los que ya sufrieron su ley, no pareciendo sino que esa misma muerte tiene el don de enfocar las figuras de sus víctimas, de modo que sean vistas en su luz propia y en sus verdaderas proporciones. Si ella extingue odios, también apaga afectos y deja abolida toda sospecha de elogios ó censuras interesadas.

Dicho esto, para descargo de conciencia y justificación del plan, entremos en su ejecución.

Nunca, ni antes ni después, se manifestó más intensamente nuestra vida nacional que al emerger la República vigorosa, radiante y depurada del océano de fuego en que la sumergieron los acontecimientos de 1862.

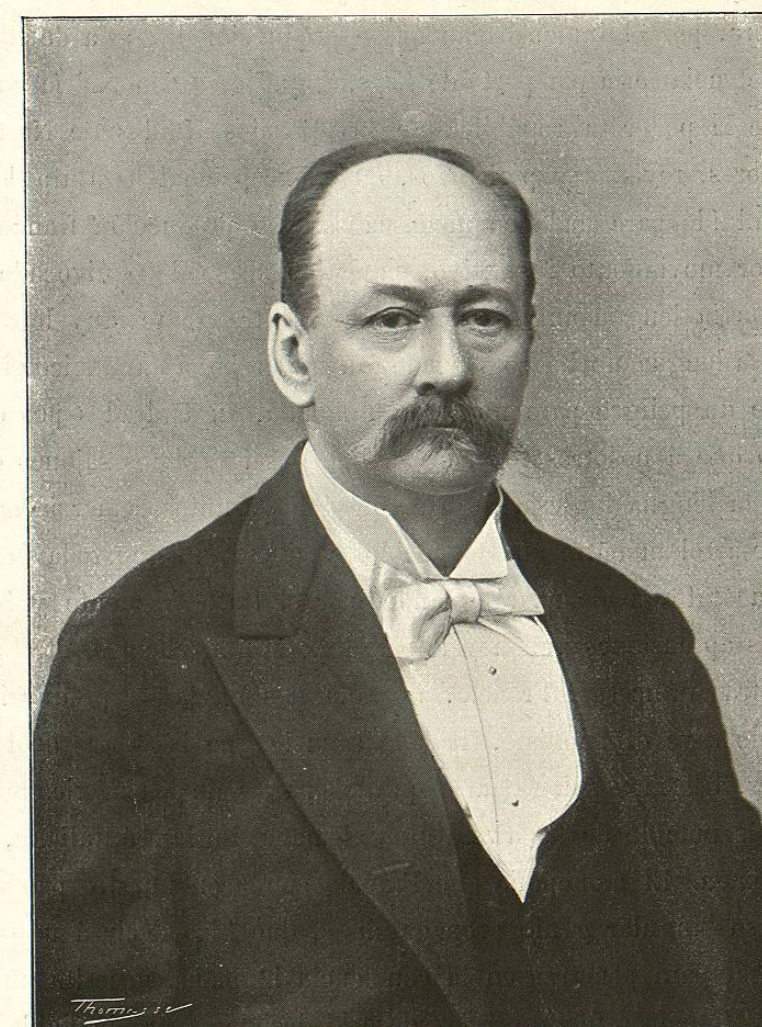
La República, firme entonces en su asiento, tuvo derecho á engreirse de su victoria, al estrépito de las aclamaciones y al aura de los agasajos que en modo alguno le escatimaron sus hermanas del Continente. Y aun era parte á estimular su envanecimiento el mismo maldecir que el despecho inspiraba á los vencidos, humillados ó burlados, del otro lado de los mares.

De nuestra tierra, calcinada por el fuego de mil combates, apagado con la sangre de millares de víctimas, rompían generosos y vivíficos gérmenes, llamados sin duda á operar nuestra evolución más grandiosa, á dar cuerpo á nuestros ideales y consistencia real á nuestras aspiraciones, que, como dice Macaulay, «las mejores y más preciadas obras de la imaginación siempre se han producido en tiempo de turbulencias políticas, como las vides más lozanas y fructíferas, y las flores más bellas y perfumadas, se dan siempre en aquellas tierras que fertilizó algún día la lluvia de fuego de un volcán.» Tan cierta es esta observación, que, al término de la lucha á que aludimos, nuestra literatura, henchida de alientos potentísimos, se reveló aunque un tanto desordenada, copiosa y exuberante, en todos los modos de ser de que es susceptible.

El odio que tras de sí dejara en nuestros pechos la descabellada empresa napoleónica, no por pasajero menos real, trascendió por el momento á cuanto de Francia procedía, y hubo

como un comienzo de reacción en el sentido á que naturalmente nos conducía nuestra propia habla hacia las hispanas letras, sin que por eso dejara de percibirse, en nuestro procedimiento literario, que los moldes franceses no caducaban ni caían en desuso. Ciertamente que de otro modo hubiera sido á haber España podido ofrecernos rica y genuina producción literaria; mas de lo bueno y propio que tenía, únicamente nos arribaban los portentosos torrentes de la elocuencia de Castelar, los deliciosos poemitas de Campoamor, y... paremos de contar, como que en aquellos tiempos, sobre que nuestro comercio intelectual con la antigua metrópoli era punto menos que nulo, la turbamulta de los que allá hacían oficio de letras eran afrancesados puros, que, faltos de aliento ó descarriados, no acertaban con la riquísima vena de la literatura nacional.

Ese comienzo de reacción fué azas transitorio: Víctor Hugo, nuevo Juan de Patmos, seguía tramando desde su roca de Guernesey; Dumas, hijo, continuaba, en el teatro y en la novela, sondeando hondísimos problemas de la vida social, y ambos embargaban nuestra atención y nuestras vigiliass, como que, al turbar las conciencias, despertaban en los pechos el interés más vivo, el interés humano por excelencia; y pene-



D. Alfredo Bablot

trados dé su contagioso criterio, hábilmente ataviado con las galanuras del arte, no teníamos tiempo de recogerlos en nosotros mismos para reflexionar, substraídos al influjo de esos dos genios.

Un acontecimiento vino á reconquistar nuestro cariño hacia Francia: su tremendo desastre de 1870, la venganza de Sedán; Napoleón en el fango, y la República radiante como un glorioso sol sobre tanta ruina.

Para nosotros, los pueblos de sentimiento, nada más simpático, nada que atraiga más irresistiblemente que la desgracia; y el día que vimos á Francia caída y humillada, echamos en olvido sus complacientes flaquezas para con el ídolo que, en un día de insensatez, labrárase con sus propias manos para rendirle culto durante dos abominables décadas, y desde aquella hora tornamos á ser afrancesados, tanto ó más de lo que antes lo fuéramos.

Y nada más racional que esa nuestra afición, por lo menos en materia literaria. Lengua hermana de la nuestra la francesa, no ha dejado de ser cultivada en el país, y con preferencia á cualquiera otra extranjera, por el inmenso caudal de producción literaria de toda índole que derrama en nuestro suelo, sin competencia seria por parte de España, que es quien podría con más derecho disputar la primacía. La vecindad de la poderosa república de los Estados Unidos de Norte-América, tan aventajada en la producción de libros, revistas y periódicos, cuya excepcional baratura los pone al alcance de todos los lectores, no ha influido para nada en menoscabo de la producción francesa, fenómeno que se explica muy sencillamente: por movimiento instintivo, sugestión acaso de equivocado sentimiento de propia defensa, no simpatizamos con la lengua anglo-sajona, y aun entre gente muy letrada hay quienes la miran con marcada aversión. Esa lengua no ha comenzado á adquirir boga en México sino á medida que se han ido disipando los temores de un peligro para nuestra autonomía, engendrados por el espectro de codicias de que, no sin razón, por lo que á nosotros toca, se supone poseídos á los sajones de la Unión Americana. Tras las nuevas aficiones á la lengua inglesa, mírase sólo á los asuntos comerciales y de industria, que cada día nacen, crecen y se desarrollan entre ambos pueblos vecinos, sin que todavía trascienda al espíritu é información literarios, á que tal vez alcanzará cuando, por el trato frecuente y la unificación de intereses, lleguen á desaparecer las aprensiones aun hoy imperantes. Milita, además, otra poderosísima razón en pro de nuestro apego á las letras francesas: Francia, no sólo nos envía su producción nacional, sino que, movida por una ejemplar iniciativa difusionista, traslada á su lengua las obras de los ingenios de toda Europa y somos á ella deudores, á lo menos las cuatro quintas partes de los mexicanos amantes del gayo saber, del conocimiento de lo más notable de las literaturas alemana, inglesa ó italiana, y de la totalidad del de la rusa, polaca y escandinava. El monopolio que Francia ejerce en nuestro país en materia literaria débese, más que á otra cosa, á su singular genio propagandista, que hizo decir á uno de sus más ilustres pensadores que toda grande idea, para penetrar en la conciencia humana, necesita antes hacerse francesa.

Como es forzoso á las necesidades de la propia habla, absurdo habría sido intentar emanciparnos de la castellana, cuyos cánones, mantenidos ó alterados por quienes han derecho de hacerlo, nunca dejaron de imperar en México. La lengua, maravilloso é indispensable instrumento de comunicación, como que sin ella el pensamiento no sabría cómo exteriorizarse, claro y genuino, obedece, es verdad, al modo de existencia de cada pueblo y está sujeto, por consiguiente, á las evoluciones y variaciones de la vida en todo lo que ésta tiene de complejo y cambiadizo; por eso cada región posee su lengua popular, con giros é idiotismos peregrinos, al extremo de verse como cosa corriente que, siendo una misma en fondo y forma la hablada en sitios diferentes, haya vocablos y frases que discrepan en acepción ó significado, de un lugar á otro.

México, ó con más propiedad, las varias regiones de la República, no están fuera del imperio de esa ley común, y cada una tiene su lengua castellana alterada, no sólo por el uso de provincialismos sin circulación posible de una á otra, sino aun por el cambio de valor lexicográfico de algunas palabras, que llegan hasta á sufrir en su estructura misma. Y es natural que así acontezca allí donde la vida social está dotada de personalidad característica, de fisonomía peculiar y en actividad plena; que los moldes del habla únicamente pueden ser eternos en las lenguas que ya murieron, organismos atrofiados, incapaces de evolucionar y transformarse.

Mas en medio de esta lengua popular ó callejera, persiste la culta, reservada para el manejo de los asuntos literarios, siendo no poco frecuente que la segunda espigue de la primera, siempre rica de vitalidad actual, á manera de transfusión de nueva savia de que ha menester la lengua castiza para responder á las necesidades de renovación inherentes á toda sociedad en progreso.

De tiempo atrás hubo en México mantenedores de los fueros de la lengua castellana, en correspondencia permanente con la docta Corporación al cuidado de la cual corre en España conservar la pureza y propiedad del habla; mas también durante mucho tiempo el grupo de académicos mexicanos estuvo retraído del movimiento literario, constituyendo una especie de sacerdocio inaccesible al vulgo, á lo cual no fué poca parte la situación general del país, preocupado en solventar arduos problemas del orden político, que absorbían toda la intelectualidad de los hombres de acción.

Como decíamos al comienzo de este capítulo, la gloriosa restauración republicana marcó época en el florecimiento de nuestras letras, que se señaló más por lo abundante que por lo acendrado.

Ya en su lugar hablamos de la revista *El Renacimiento*, capital publicación esencialmente literaria, en que se revelaron ingenios del mayor fuste, algunos de los cuales aun gozan de las embriagueces del popular aplauso; mas ella revistió en lo general, más que otro carácter, el de una hiperestesia romántica, que aun no se informaba nuestra literatura por otros patrones.

En esta sazón, operábase en las letras españolas una transformación por extremo simpática, que renovaba en la península su gloriosa edad de oro. Preclaros ingenios la alzaban de la postración en que había caído por una producción, al par que fecunda, rica de novedad y respirando todos los encantos de la genuina habla castellana. Don Benito Pérez Galdós, D. Juan Varela, D. José de Echegaray, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. José M. de Pereda, D. Gaspar Núñez de Arce, D.^a Emilia Pardo Bazán, para no hablar más que de los iniciadores de aquel nobilísimo despertamiento, en la novela, en el drama, en la lírica, en la crítica y en cuantos modos de ser tiene el pensamiento humano, dieron vida á verdaderas creaciones literarias en las que el ánimo, como en festín suculento, pudo apacentar sus ansias de psíquicas fruiciones.

Como era natural, aquel torrencioso empuje literario suscitó en las que antes fueron colonias hispanas el interés más vivo, imprimiendo nueva dirección al estudio del culto saber y cobrando nuevos y hasta ardorosos estímulos las aficiones á la propia habla.

Pudo entonces comprenderse que ella es un instrumento singularmente apto para satisfacer por sí solo á todas las necesidades de la labor literaria, y ya se cuidó con mayor acucia de conocer las reglas de su estructura y de penetrar los secretos de su riquísima sintaxis.



D. Aniceto Ortega